

DIOS CON NOSOTROS NOSOTROS

A pocas horas de que como comunidad de fieles iniciemos juntos desde cada una de nuestras Iglesias, la celebración anual del Nacimiento de Jesús, enviamos nuestra meditación mensual enmarcada en el gozo y la alegría de estos días santos.



Poco a poco hemos venido preparándonos y hoy vemos más cerca la manifestación gloriosa del Hijo de Dios, por eso para cada creyente estos días no son un tiempo de fiestas y compras desenfundadas, al contrario son un *Kairos*, un tiempo propicio en donde reflexionamos y deseamos experimentar en el misterio de nuestra salvación.

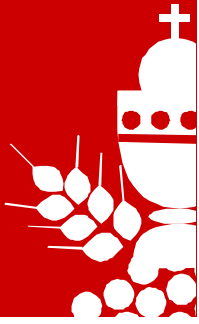
El evangelio de Lucas nos cuenta que enviado Gabriel a la humilde doncella María, anuncia en aquel lugar apartado del mundo la “Encarnación” del Salvador, según el propio testimonio del Ángel el hijo que ha de nacer de la Virgen “Será grande, será llamado Hijo del Altísimo y su nombre será Emmanuel – que significa Dios con nosotros-” .

Y es que es eso y nada más lo que celebramos en estos días, eso que dijo el mensajero a la sencilla mujer de Nazaret, eso que los profetas antiguos habían anunciado, eso que toda la humanidad esperaba, eso que tanto necesitamos y que no nos cansaremos de repetir: “Dios se ha encarnado, Dios ha entrado en nuestra historia y ya no con fuerza y teofanías naturales, Dios se ha hecho un niño, un sencillo bebe, carente de la ayuda de una mujer y de un pobre carpintero”.

Es ese el misterio y el asombro de navidad, lo que hace importante estos días que Dios se ha hecho para nosotros Emmanuel, es decir, que camina con nosotros a nuestro lado, que desde aquella hora no estamos solos, en el pequeño niño hemos encontrado a nuestro compañero, a nuestro salvador.

Por eso son dichosos y benditos estos días, estas horas que transcurren en nuestra temporalidad, por que el Eterno ha entrado en el tiempo para regalarnos a nosotros su inmortalidad, desde aquella noche nunca más hemos estado solo, nunca más hemos estado desamparados, Dios se ha hecho pequeño, se ha hecho un niño para estar con nosotros.

Pero nuestra alegría espiritual no puede tampoco cerrarse a la realidad, como aquella noche muchos son los que siguen cerrando la puerta al salvador, muchos los que duermen y padecen el frío de la noche, muchos los que caminan sin esperanza sin alegría, muchos los que simplemente en sus vidas no han recibido el anuncio de los ángeles cantores de Belén. Y no solo eso tampoco podemos olvidar a tantos niños solos y abandonados que esta misma noche están deambulando por las calles de cualquier ciudad, y qué decir de tantos ancianos,



de tantos enfermos, de tantos encarcelados y perseguidos que pasan estos días lejos de sus seres queridos carentes de la compañía del amigo o el familiar cercano.

Pues a ellos debe dirigirse no solo nuestra ayuda material, sino nuestra constante y continua oración e intercesión para que en estos días se han muchos los que a pesar del sufrimiento experimenten que esta misma noche es una "Noche de paz, noche de amor, Noche de Dios" en la que este ha venido para sacarnos de aquello que no nos permite ser feliz.

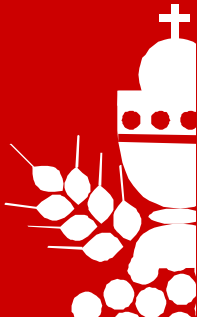
Haciendo esto y viviendo estos días en constante contemplación, sintiendo en nuestro corazón el gozo y la alegría de la venida de Jesús, y sobre todo renovando constantemente en nuestra pobre alma el misterio del Dios con nosotros, del Dios encarnado, así ya no solo él será Emmanuel, sino que nosotros con su gracias lo seremos para tantos hermanos necesitados, así cumpliremos también nosotros en parte la profecía del ángel Gabriel, ya que descubriremos en el Hijo de María al Dios con nosotros y con nuestros ruegos, y sentimientos, con nuestro gozo y espiritualidad optaremos por el único camino de salvación y felicidad, el camino donde experimentamos que nosotros estamos con Dios.

Una Santa y Feliz Navidad para todos.

Verbum Domini

Por aquellos días, se promulgó un edicto de César Augusto, que ordenaba un censo de todo el imperio. Este primer censo se hizo cuando Quirino era gobernador de Siria. Todos iban a empadronarse, cada uno en su propia ciudad; así es que también José, perteneciente a la casa y familia de David, se dirigió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, para empadronarse, juntamente con María, su esposa, que estaba encinta. Mientras estaban ahí, le llegó a María el tiempo de dar a luz y tuvo a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en la posada. En aquella región había unos pastores que pasaban la noche en el campo, vigilando por turno sus rebaños. Un ángel del Señor se les apareció y la gloria de Dios los envolvió con su luz y se llenaron de temor: El ángel les dijo: "No teman. Les traigo una buena noticia, que causará gran alegría a todo el pueblo: hoy les ha nacido en la ciudad de David, un salvador, que es el Mesías, el Señor. Esto les servirá de señal: encontrarán al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre". De pronto se le unió al ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: "¡Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!





Vox Summi Pontifex

En los Padres de la Iglesia se puede encontrar un comentario sorprendente sobre el canto con el que los ángeles saludan al Redentor. Hasta aquel momento –dicen los Padres– los ángeles conocían a Dios en la grandeza del universo, en la lógica y la belleza del cosmos que provienen de Él y que lo reflejan. Habían escuchado, por decirlo así, el canto de alabanza callado de la creación y lo habían transformado en música del cielo. Pero ahora había ocurrido algo nuevo, incluso sobrecogedor para ellos. Aquél de quien habla el universo, el Dios que sustenta todo y lo tiene en su mano, Él mismo había entrado en la historia de los hombres, se había hecho uno que actúa y que sufre en la historia. De la gozosa turbación suscitada por este acontecimiento inconcebible, de esta segunda y nueva manera en que Dios ha manifestado –dicen los Padres– surgió un canto nuevo, una estrofa que el Evangelio de Navidad ha conservado para nosotros: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama». Tal vez podemos decir que, según la estructura de la poesía judía, este doble versículo, en sus dos partes, dice en el fondo lo mismo, pero desde un punto de vista diferente. La gloria de Dios está en lo más alto de los cielos, pero esta altura de Dios se encuentra ahora en el establo: lo que era bajo se ha hecho sublime. Su gloria está en la tierra, es la gloria de la humildad y del amor. Y también: la gloria de Dios es la paz. Donde está Él, allí hay paz. Él está donde los hombres no pretenden hacer autónomamente de la tierra el paraíso, sirviéndose para ello de la violencia. Él está con las personas del corazón vigilante; con los humildes y con los que corresponden a su elevación, a la elevación de la humildad y el amor. A estos da su paz, porque por medio de ellos entre la paz en este mundo.



Salutaris

¿Y quien le explica ahora
A esta mula y a este buey
Que ese Niño que adoraron
Sólo del hombre va a ser?

¿Y quien le explica a esta mula
Que ese Dios va a preferir
Al calor de su cariño
El de quien le hará morir?

Y a este buey, que contemplaba
A María, hipnotizado
¿Quién le aclara que su error
Es el de no haber pecado?

Pues ¿qué culpa tienen ellos
De que el Niño de la pajas

Venga solamente a ser
El redentor de las almas?

Por eso sueñan los dos
Que hará un segundo Belén
En el que los animales
Tendrán un sitio también

Y cuando Jesús huía
Hacia Egipto, oyó un lamento
Acuérdate de nosotros
Cuando ya estés en tu reino.

Extraído del "Apócrifo de María" de
José Luís Martín Descalzo, Ediciones
Sígueme